

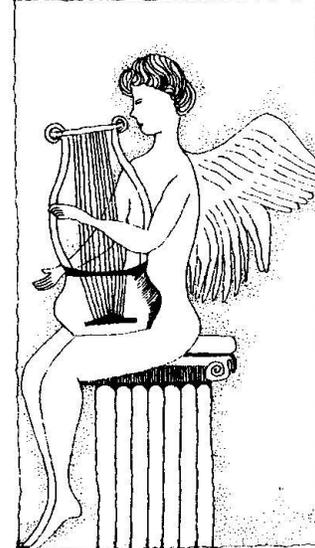
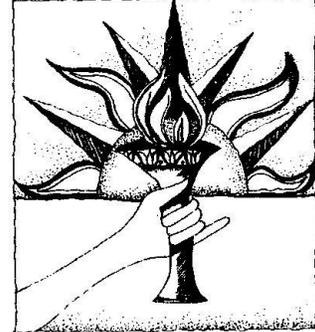
**ÉTICA
COMO
FUNDAMENTO
DE LA
PRAXIS
POLÍTICA**

Por:

JUAN GUILLERMO

PÉREZ ROJAS

*Diplomado en Filosofía - U.P.B. - Profesor
del Departamento de Formación Humanista*



El punto de partida general para este ensayo lo constituye la reflexión actual en torno a la relación entre filosofía política y ética; de hecho hemos ya focalizado un tema propio de la filosofía política en la actualidad: el reconocimiento de que la filosofía política se inscribe en el ámbito más amplio de la filosofía práctica.

De hecho este reconocimiento no es algo nuevo. Ya Aristóteles había considerado la política como parte de la filosofía práctica. Sin embargo, esta integración se hizo cada vez menos palpable a lo largo del desarrollo de nuevas posturas éticas, sobre todo en la modernidad.

La mayor parte de las teorías éticas intentan simplificarlo todo. Las teorías formalistas tratan de reducir la acción social justa al mero cumplimiento de la ley. Nunca pueden hacer justicia a los sutiles, variados y complejos problemas que se plantean en una sociedad moderna. El relativismo, por otra parte, hace énfasis en las diferencias que existen entre los seres humanos y deja de tener en cuenta sus semejanzas. El absolutismo pone el acento en las similitudes y fracasa a la hora de percibir las disparidades. Un individualismo extremo exaltará al individuo a expensas de la colectividad; mientras

que un colectivismo exagerado ensalzará al grupo en detrimento del individuo. El hedonismo pretende hacer radicar el bien en la sensación; el intelectualismo en la razón; el voluntarismo en el deseo. De este modo al subrayar sólo un aspecto de la naturaleza humana, cada uno de ellos cae en una simplificación.

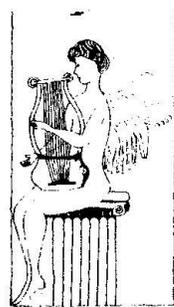
El auténtico centro del valor es la persona en sociedad. Como aparato dinámico de intereses y necesidades, esa personalidad social responde al hombre en total. Sólo una ética (y una política) que sepa dar cuenta de todas y cada una de las dimensiones de la naturaleza humana -como individual y social, corporal y mental, y que posea pensamientos, sentimientos y deseos- es lo bastante adecuada para poder servir de base a unos ideales sociales valederos hoy.

En su obra "Teoría y Práctica", Habermas detecta el reduccionismo, que a partir del siglo XVIII, las ciencias sociales, por un lado, y las disciplinas del derecho público, por el otro, introdujeron en el operar humano ⁽¹⁾. Así se perdió, a lo largo de la época moderna, la posibilidad de organizar prácticamente la vida y el destino del hombre; éste pasa a ser dominado por una organización ética-

mente correcta, por una voluntad que se impone a la realidad en términos de dominio, en vez de conocerla, respetarla y amarla, para, a partir de ahí, intentar perfeccionarla y perfeccionarse.

En la época clásica, la política se concebía como una doctrina que enseñaba la vida según el bien y la justicia. Para Aristóteles no había una gran diferencia entre la constitución consignada en las leyes y la ética que regula la vida de la ciudad. **Es la política la que permite vivir según el bien.** No había, según esto, separación entre la moralidad de las acciones, y las leyes y costumbres. Era la actividad política la que máximamente perfeccionaba al hombre hacia su optimización, en función de su fin natural: el bien. Era la política quien permitía al ciudadano vivir según el bien. Pero es necesario recordar aquí que entre ciudadano y hombre no había separación. El hombre, como animal político, dependía de la polis, para la realización de su naturaleza. "El hombre es el mejor de los animales, cuando se ha perfeccionado, y cuando se aleja de la ley y de la justicia, el peor de todos" ⁽²⁾.

Según Aristóteles, de las acciones humanas la Técnica sirve para producir medios de subsistencia; la



Praxis asegura las condiciones de vida moral -en la polis-; la Política examina las condiciones en las que este fin puede ser alcanzado; la Frónesis prepara la realización de la virtud cívica, cuya forma suprema es la contemplación intelectual (Episteme).

El paso efectuado de la noción clásica de política a la noción moderna implica una alteración del sentido de la teoría (episteme), y del sentido de la praxis (reducida ahora a mera tecné). La teoría moderna identifica el saber con la capacidad de previsión y dominio (a través de la cientificidad) y rompe con la clásica actitud filosófica del "asombro" y del amor a la sabiduría. El saber de la modernidad convierte al hombre en "dueño y poseedor" de la naturaleza. Esta noción está en la base de toda ideologización, con fuertes repercusiones en la dinámica social. Así, el poder político, tecnificado por la ciencia positiva, se identifica con la voluntad de dominio. El objeto de esta política no considera la noción de actuación sabia y virtuosa, sino la actuación máximamente operativa o perfeccionadora de la naturaleza individual o social.

La filosofía política, fundada científicamente, tiene como objetivo indicar las condiciones necesi-

rias a la organización de la sociedad y del estado correcto. Así, el conocimiento de las condiciones generales en las que una sociedad o estado están correctamente organizados suprime la necesidad de una inteligencia práctica que regule la acción de los hombres. En su lugar se instala la producción, según cálculos correctamente efectuados (reglas, relaciones, ajustes, etc.).⁽³⁾

Este giro ético-político, propio de las sociedades capitalistas contemporáneas, nos hace retomar la idea que planteamos al comienzo de este ensayo. Si hemos de decidir acertadamente en el campo político es necesario mirar al hombre en su conjunto, y a la sociedad en todos sus campos: económico, científico, educativo, religioso y moral.

Necesitamos, pues, algo distinto a una fácil evasión hacia el animalismo o el supernaturalismo. Nuestra salvación no está en despreciar la naturaleza humana, sino en darle una expresión nueva, nuevas posibilidades que proporcionen un mayor nivel de realización. Debemos encontrar mayores oportunidades para el juego, el arte, el amor; para el pensamiento creador y para el orgullo por la obra bien hecha, para el cultivo de la vida en todo su esplendor y diversidad⁽⁴⁾.

Necesitamos vivir el respeto por la individualidad con la realización de la interdependencia social; combinar la devoción por la libertad y por los derechos individuales con la fidelidad a los planes y objetivos comunitarios; ensalzar el ideal democrático de participación y distribución con el "amor propio" (como lo entiende Savater); completar la eficacia económica y tecnológica con una apreciación de los valores morales, artísticos y culturales del hombre. Aunque nunca será fácil lograr una síntesis social tan compleja y pluralista.

Aun en el mejor de los casos, el problema de salvaguardar la paz y de promover el bienestar no resulta una tarea sencilla. Vivimos una época de grandes miedos. Hay miedo a la depresión económica, miedo a la guerra nuclear, miedo a la pérdida de la libertad. Podemos decir que es una época de urgencia, en donde las respuestas, parciales por las condiciones que se imponen, son también urgentes.

Frente a esta situación que denominamos de urgencia no podemos quedarnos estáticos. El discurso filosófico debe producir nuevos análisis y provocar nuevas verdades; porque en ética, como en muchos campos del saber,

nadie posee la verdad absoluta. Lo que existe son acercamientos parciales que tienen mayor o menor validez. Tenemos la obligación de iluminar y orientar el cambio con un nuevo análisis de los hechos y en un nuevo lenguaje.

Desde este punto de vista, y ayudado por algunos planteamientos de Luis José González en su ensayo "Nuevas perspectivas para la ética" ⁽⁵⁾, quiero proponer algunos principios orientadores que fundamenten una ética para un tiempo de urgencia, con miras a un proyecto de realización política.

¿Cuáles son los juegos de nuestra época que han causado el oscurecimiento del ideal ético? No podemos menos que acercarnos a las crecientes brechas abiertas por las respuestas improvisadas de nuestra sociedad para comprender las dimensiones de la crisis que padecemos. El mundo parece una inmensa bomba a punto de estallar; ello corresponde a la carrera que libran los sistemas de este siglo XX. Cada cual pretende establecer una verdad universal que sea acogida y puesta en práctica por todos; esta idea no puede ser censurable como tal, pues el mundo permite acercarse a él desde diversos ángulos para después interpretarlo. Lo censurable es la obligación

que se le impone al hombre de hoy de materializar todas las propuestas de los sistemas en actitudes muchas veces incoherentes.

Asistimos a un momento especial de la historia de la humanidad en el cual parece no haber ya diferenciación entre los hombres, es la época de la total intolerancia. En la política, tanto como en los sistemas judiciales, las diferencias entre las ideologías se hacen cada vez más cortas. En nuestro país, por ejemplo, vemos como los partidos políticos forman coaliciones en torno a un candidato único con el fin de obtener el mayor puntaje en las elecciones. Aquellos sistemas político-sociales que antes criticábamos con furia, hoy ya no están presentes o están desapareciendo con una relativa facilidad. Políticamente compartimos el mismo pensamiento, liderado por aquellos que más astutamente buscan sus intereses particulares, pero disfrazados en el convencimiento de la estabilidad general.

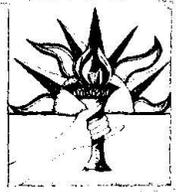
La ciencia y la técnica se muestran como otro subsistema que lidera la época. Estamos en la época "atómica o nuclear"; somos países "industrializados o no-industrializados" según sea nuestra posición científico-técnica en el mundo. Verdadero es todo

aquello que la ciencia publique, en tanto que ya ha sido cernido por la verificación y la razón instrumental. Esto ha incurrido en el campo del comportamiento de tal forma que funda nuevas actitudes y nuevos valores para el hombre; las estructuras que en un momento dado creíamos ser se afectan inmediatamente en el descubrimiento de nuevas teorías y verificaciones de las mismas. En este sentido, nos volvemos cada vez más sugestivos y condicionados por lo novedoso en las ciencias; un caso concreto lo constituyen los descubrimientos y avances en la psicología humana, que cada vez ocasionan más confusiones en nuestra manera de ser con nuestra forma de comportarnos.

En cuestiones religiosas el problema no es distinto. La seguridad que poseían algunas religiones en su carácter de absolutas (por ser reveladas), se ve cuestionada por el surgimiento de innumerables sectas que corresponden, en último término, en reacciones a favor o en contra de una ideología o sistema determinado. Por otro lado, el hombre de hoy busca superar al carácter mítico y metafísico de la religión por el establecimiento de un sujeto absoluto, al estilo de la propuesta kantiana y moderna del hombre, capaz de forjar para sí mis-



mo el ideal de vida que lo construya y los actos que lo conducen a él. El problema radica en la posibilidad de respuestas improvisadas que se despliegan y que pueden acrecentar la crisis social.



Todos estos factores -y muchos más que aquí no hemos elaborado- nos dan una idea de la profunda crisis que hoy vivimos y sus incidencias en el establecimiento de patrones de comportamiento. Proponer una ética para este tiempo es una tarea necesaria y urgente; pero al mismo tiempo, debe estar marcada por unas características nuevas y originales que le permitan dar otros impulsos (ordenadores) al hombre de hoy. Haciendo una fusión de las diferentes propuestas éticas puestas en escena (por lo menos teóricamente) en el mundo, resalto algunas características de la ética para un tiempo de urgencia:

1) **La Ética debe sostenerse en su ideal utópico**, entendido como el ideal de perfección o la "vida plena" propuesta por todas las éticas. Esta tarea es eminentemente concientizadora y a la vez compromete al hombre en su deber primario: la vida.

Si el ideal político de una sociedad está fundamentado en la búsqueda del bienestar de los indivi-

duos y la defensa de la justicia, no puede entonces ignorar el carácter utópico que está implícito en cada individuo y en general en un estado que quiere alcanzar la perfección.

El compromiso por la construcción de una nueva sociedad (ideal) debe estar caracterizado por la lucha constante de ir haciendo posible aquello que todavía no es real, pero que en su indeterminación tópica se convierte en estímulo por superar las contingencias actuales.

2) **Debe sostener la autonomía del ser personal**, en el reconocimiento y defensa de su individualidad, pero sólo como consolidación de la igualdad fundamental de todos que posibilite la justicia y la paz.

No podemos desconocer hoy que un proyecto de organización social exige de suyo la autonomía del sujeto. Aunque parezca contradictorio, el hombre vale por su capacidad de socialización y la sociedad en cuanto que garantiza la autonomía individual. "El hombre es un fin y no un medio". Los miembros de una sociedad bien ordenada son libres en cuanto que tienen el derecho de plantear sus aspiraciones sobre la or-

ganización de las instituciones comunes en nombre de sus metas individuales y de los intereses que consideran fundamentales. El ser personal se autoafirma en la realización de la polis.

3) **Debe sostener la coincidencia entre intereses y valores**, ambos como modos de realización y como inseparables en toda persona y en toda sociedad.

En toda crisis se produce una disociación entre intereses y valores sociales. El momento de urgencia al que nos referimos ha establecido nuevos intereses en los sujetos, de modo que se ven reflejados en las instituciones y organismos de carácter comunal. A la política le corresponde conjugar y armonizar lo que está en pugna, pero siempre acompañada de una decisión ética concreta y lúcida, de tal forma que responda a las necesidades impuestas. Frente a este reto se impone la urgencia de un nuevo método que permita hablar de bienestar social y convivencia pacífica no como meros postulados de la razón, sino como efectos reales del pensamiento práctico.

4) **Debe sostener el diálogo entre los hombres** como un modo de

coincidencia, para que los intereses y valores concuerden en un solo orden, evitando la imposición arbitraria de sistemas (al modo de un diálogo interdisciplinar).

Una sociedad con la "mayoría de edad" adecuada, será aquella que funde su búsqueda de la justicia, la solidaridad, el desarrollo, etc. en postulados dialógicos y por medio de un consenso general. Tal planteamiento ético (de Habermas y Apel) asegura la puesta en escena de los intereses reales del individuo y la sociedad en pleno. La política prepara el terreno para que los hombres puedan argumentar razonablemente aquello que idealmente han elaborado, y dispo-

ne los medios necesarios para hacerlo efectivo.

La filosofía se hace dueña de esta propuesta y quiere refrescarla, darle un empuje seguro y original, en donde se vean resueltas las divisiones que acompañan al hombre. Esta tarea se realiza no como una idealidad absoluta, esto es, como una idea general que puede llenar de contenido formal al hombre común; sino que conecta todas las categorías filosóficas a la problemática y el lenguaje que vive el hombre de la calle, no en la disociación sino en el consenso. Sólo así la filosofía aportará al rescate de la ética. Ese es el destino que se nos ha asignado y al cual debemos responder con el debido recogimiento.



BIBLIOGRAFÍA

- (1) HABERMAS, Jürgen. Teoría y Práctica. Payet, París, 1975, p.105.
- (2) ARISTÓTELES. La Política. Libro I, capítulo I.
- (3) CANTISTA, María José. Ética y Política Hoy. En: Anuario Filosófico. Vol. XVII #1, 1984, p.112.
- (4) RADER, Melvin. Ética Y Democracia. Ed. Verbo Divino, Navarra, 1975, p.421.
- (5) GONZÁLEZ, Luis José. Nuevas Perspectivas para la ética. En: Análisis. Universidad Santo Tomás # 51-52, Bogotá, 1990.